

HÉCTOR ZAGAL

**EL
VAMPIRO
del VIRREY**

m̄r

© 2023, Héctor Zagal

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Marilia Castillejos

Ilustración de portada: Grupo Pictograma / iStock

Fotografía del autor: © Ricardo Yahuaca

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2023

ISBN: 978-607-07-9962-4

Primera edición impresa en México: abril de 2023

ISBN: 978-607-07-9950-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México — *Printed and made in Mexico*

OPUS DIABOLI

Muy noble y leal Ciudad de México,
Nueva España, a 5 de enero de 1798 A. D.

Ilustrísimo doctor Marinescu:

Pido a Dios nuestro señor que, cuando reciba estas letras, usted y los suyos se encuentren sanos y salvos. Las noticias que nos llegan desde la lejana Europa son inquietantes: revoluciones, guerras, regicidios y, sobre todo, la persecución contra nuestra santa religión. La masonería, los iluminados y una tercera sociedad secreta, cuyo nombre prefiero no mencionar, conspiran contra la Iglesia. Se palpa la obra del demonio en aquellas tierras. Satán, que ha jurado odio eterno a los cristianos, parece haber tomado las riendas de la historia. Sin una intervención milagrosa del Señor, la historia habrá de conocer al entrante siglo XIX como *opus Diaboli*.

Por ahora, Dios nuestro señor, la santísima Virgen de Guadalupe y la espada de san Miguel han mantenido a raya a los enemigos de la Fe en la Nueva España. ¡El arcángel Miguel! ¡Bendito sea el príncipe de la milicia celestial! Permítame contarle algo sobre esta tierra de María santísima. Aquí, la Cofradía de los Caballeros de San Miguel, de la que soy capellán, reza

intensamente para contener esa embestida diabólica. ¿Ha escuchado usted hablar de ella? La componen hombres ilustres de este reino, quienes, con sus penitencias, limosnas y oraciones, intentan construir un dique contra las marejadas pútridas de los descreídos y librepensadores que pretenden infectarnos y arrancarnos la fe. Y como la fe se manifiesta en obras, los Caballeros prestan gratuitamente sus brazos al Santo Oficio en esta lucha contra el infierno. Pero no quiero aburrirlo con más historias.

En medio de tantas malas noticias, quiero darle una buena nueva. Junto con esta carta, encontrará usted la traducción al castellano de su maravilloso libro *Sobre los vampiros y otras diabólicas criaturas de la noche, enemigos de nuestra santa religión y de nuestros cristianísimos reinos*. Gracias a la benevolencia del inquisidor general, no ha sido difícil conseguir las licencias y privilegios de impresión en la Nueva España. Los censores que revisaron su libro no tuvieron sino palabras de elogio para la obra. Además, Su Majestad ha otorgado amplios privilegios para que el libro también circule libremente en los virreinos del Perú, la Nueva Granada, el Río de la Plata y las islas Filipinas. Yo mismo me he encargado de enviar algunos ejemplares a esos lugares.

Quedo de usted, amigo afectuoso y hermano en Cristo Jesús,

Fray Dionisio de Fuensalida y Sagasti o.f.p.

SOR FILOTEA DEL NIÑO JESÚS

De un tiempo para acá, los jóvenes arquitectos de la Real Academia de San Carlos se burlan del templo conventual de Nuestra Señora del Pilar en la Ciudad de México. Esos artistas, imbuidos en los ideales franceses de racionalidad, sobriedad y claridad, aborrecen los retruécanos y claroscuros de la iglesia más bella de la Nueva España, quizá la más bella de América, quizá, incluso, la más bella de la cristiandad. Ya quisieran esos artistitas poder construir un edificio de esa grandeza. La familia de sor Filotea del Niño Jesús contrató a los mejores maestros del reino para levantarlo y gastó buena parte de su fortuna para erigir este monumento del que se hablará durante siglos.

El convento de la Enseñanza, como se le conoce coloquialmente, es discreto por fuera y espléndido por dentro. Es una ciudad en miniatura con claustros, huerta, panadería, enfermería, bodegas, capillas y apartamentos. En la vida del convento, el locutorio ocupa un lugar muy especial. Sor Filotea y las otras religiosas reciben ahí a sus visitas, vigiladas por un enorme óleo que representa el martirio de santa Catalina de Alejandría, la virgen que fue martirizada por haber refutado a los filósofos paganos de la ciudad del Nilo. En el locutorio de la Enseñanza, el aroma del chocolate se mezcla con el olor a sudor de las monjas, aprisionadas en sus hábitos

de lana en plena primavera de la Ciudad de México. Gracias a este espacio, las monjas pueden comunicarse con el mundo exterior. Ahí, como si fuese una sala de tertulias, las monjas sirven chocolate y golosinas a sus invitados. Si no fuese por el locutorio, el mundo podría derrumbarse y ellas no se enterarían sino cuando comenzaran a derrumbarse las paredes del convento. Las monjas de la Enseñanza han profesado el voto de clausura; han renunciado a vivir en el mundo o, como ellas dicen, «en el siglo».

—Reverencia —dice sor Águeda de Cristo Crucificado, priora del convento, dirigiéndose a fray Dionisio—, no se vaya a ir sin los mazapanes para el señor inquisidor. Las hermanas están envolviéndolos.

—Madre —comenta sor Filotea, quien disfruta con sus impertinencias—, puede estar segura de que a su Reverencia primero se le olvida el credo antes que los mazapanes...

La madre superiora, anciana y enferma, ríe discretamente. Adora a esta monja, tan atrevida y astuta. Es como su hija, una niña mimada, sin duda, pero sagaz y, sobre todo, de buen corazón

—¡Hermana! ¡Esa boca! —sor María de las Angustias, la agria vicaria del convento, reprende acremente a sor Filotea.

—La hermana Filotea tiene razón, fray Melchor adora estos mazapanes, los adora —contesta divertido fray Dionisio, el poderoso secretario del inquisidor general de la Nueva España. En el Tribunal del Santo Oficio, donde el fraile trabaja de sol a sol, nunca jamás alguien se atrevería a hacerle una broma así. ¡Es tan duro ser el brazo de la Inquisición! La madre vicaria, en cambio, reprueba con una mueca ostentosa el chiste. Si el secretario del inquisidor tolera esas bromas, ¿qué puede esperarse del resto de los cristianos?

—Hija mía, vaya usted a ver por qué las hermanas no traen los mazapanes —le ordena la superiora a sor Filotea, con suavidad.

Sor Filotea del Niño Jesús sale del locutorio y se interna en el convento, a donde solo pueden entrar mujeres y, en contadísimas ocasiones, algún varón. Transcurren algunos minutos de incómodo silencio. A sor María de las Angustias no le gusta hablar con visitas, por importantes que sean, y fray Dionisio desprecia interiormente a la vicaria por sosa e inculta. Y la priora, sor Águeda de Echevers, está tan vieja y enferma que difícilmente puede mantener una conversación fluida sin quedarse dormida.

Fray Dionisio no intenta conversar. ¿Para qué fingir una conversación? ¿Para qué charlar de banalidades con estas monjas bobas? Las monjas, piensa el secretario del inquisidor, son mujeres que no están preparadas para luchar contra las fuerzas del mal. Les falta estudio, fuerza y coraje. Son criaturas que necesitan protección, no son caballería para la batalla, sino mera retaguardia. A estas mujeres hay que pedirles oraciones y poco más. Sor Filotea del Niño Jesús es una de las pocas excepciones, una mujer que, si hubiese nacido varón, habría podido estar en primera línea de batalla en la guerra contra Satán. ¡Qué pena que Dios no la haya creado varón!, piensa el fraile. Pero Dios sabe más...

¿Y los mazapanes? Siguen sin aparecer. El silencio es tan denso que podría cortarse. El locutorio, que hace unos segundos era un lugar bullicioso, se ha convertido en un témpano de hielo

—¿Y sor Filotea? —pregunta fray Dionisio con nerviosismo—. ¿Tardará mucho en venir?

—¡Qué vergüenza que tengamos a fray Dionisio aquí esperando! —se disculpa la vicaria—. Me temo que sor Filotea se topó con alguna de sus *niñas* —continúa con malicia sor María

de las Angustias—. Cuando se encuentra con una de sus *niñas*, se le olvida que el mundo existe.

—Ojalá no tarde. Me he atrevido a aparecer sin aviso previo —contesta educadamente fray Dionisio, mientras da otro sorbo al chocolate.

—Ni lo diga, Reverencia. Usted es bienvenido a cualquier hora. ¡Ande, hermana! —le dice la priora a la vicaria—, dígale a sor Filotea que la necesitamos aquí de inmediato. ¡Vea qué pasa con esos mazapanes!

En ese instante, reaparece sor Filotea del Niño Jesús, jadeando bajo el pesado hábito de lana blanca y la capa azul celeste con que se uniforma a las religiosas de la Congregación de la Enseñanza de las Virtudes Cristianas. A pesar de lo ampuloso del ropaje, se adivina debajo del hábito la delgadez de la monja, cuya fragilidad contrasta con un enorme libro que carga con dificultad.

—Es usted una monja muy ocupada —bromea fray Dionisio—. Esta es mi segunda taza de chocolate y usted sigue buscando los mazapanes.

—Discúlpese, hermana —ordena la madre vicaria con firmeza.

—Lo siento muchísimo, Reverencia, pero me encontré con mis niñas en un pasillo y comenzaron a hacerme preguntas sobre una lección. ¿Cómo iba a dejarlas con sus dudas? «Enseñar al que no sabe» es una obra de misericordia.

—Mujer, deje a un lado sus excusas —la reprende sor María de las Angustias—. ¿Dónde están los mazapanes? La mandamos a buscarlos.

Sor Filotea del Niño Jesús ignora flagrantemente los reclamos de la vicaria. Por ahora, al menos por ahora, no debe preocuparse por ella.

—Aún no terminan de envolverlos. Pero, en mi descargo, puedo aducir que yo bien sabía que Su Reverencia estaba en

mejores manos. ¿Verdad? La madre priora y la *querida* madre vicaria son unas extraordinarias anfitrionas. Además, se me ocurrió ir a mi celda por un libro que quiero obsequiarle a Su Reverencia, pues «no solo de mazapán vive el hombre». Mire lo que traigo para usted: el *Tratado de demonología* de san Héctor de Mileto. Me llegó de Europa esta semana.

El fraile celebra la ocurrencia con una leve sonrisa. Sor María de las Angustias, en cambio, reprueba de nueva cuenta el protagonismo de sor Filotea.

Aunque enferma y anciana, la priora tiene la suficiente lucidez para saber que están de más. Además, está muy cansada, así que le ordena a la vicaria:

—Dejemos a fray Dionisio y a la hermana para hablar de sus cosas y busquemos los consabidos mazapanes. Algo debe estar pasando en la cocina.

—Madre priora —la voz de sor Filotea es suave—, ¿me puedo servir un poco de chocolate? Ya sabe, santo Tomás de Aquino recomienda el chocolate para agudizar los sentidos.

—Por supuesto, hija mía —responde la sor Águeda.

—Solo una taza —la amonesta sor María de las Angustias, quien le ofrece a la priora su brazo para ayudarla a caminar fuera de la habitación.

El fraile dominico y sor Filotea se quedan a solas.

—Hermana, usted y yo sabemos que santo Tomás de Aquino no conoció el chocolate —comenta por lo bajo fray Dionisio, dirigiéndose a sor Filotea, quien se encuentra del otro lado de la reja de hierro forjado que divide por la mitad el oscuro locutorio del convento.

—Reverencia, pero si el divino Tomás lo hubiese probado, seguro lo hubiese afirmado —responde la monja sirviéndose una taza espumosa y humeante. En la Nueva España, haga calor o haga frío, cualquier ocasión es idónea para beberlo.

—Usted no tiene remedio, mire que engañarlas de esta manera...

—¡Bah!, la madre priora y la madre vicaria son muy santas y penitentes, pero no son precisamente mujeres instruidas.

Sor Águeda, una vizcaína de setenta años, es la afable priora del convento de la Enseñanza. La mujer tomó los votos perpetuos a los dieciséis años y, desde entonces, nunca ha salido del lugar. Sor María de las Angustias, la madre vicaria, tiene cuarenta años de edad y veinticinco de monja. La mujer se ha labrado a pulso una reputación de hierro. Sus reprimendas ponen a temblar al resto de las monjas. De no ser por la suavidad de la priora, hace tiempo que la Enseñanza se habría convertido en un insufrible calabozo.

—El chocolate está exquisito. ¡Qué bien les queda! —exclama fray Dionisio, colocando la taza en una mesita que tiene al lado de su silla y procurando que la cucharilla forme una tangente con el círculo de la taza.

—Si Hipócrates hubiese probado el chocolate, hubiese escrito un tratado entero sobre sus benéficos efectos en el alma humana —añade sor Filotea, siempre inquieta por las manías del fraile.

—Ande, beba su chocolate sin inventar justificaciones. ¿Y cómo van las lecciones? ¿Aprenden mucho las niñas?

Una sonrisa profunda, sin pizca de ironía, embellece el rostro de sor Filotea del Niño Jesús. Desde que ingresó al convento, la monja utiliza su enorme fortuna personal, herencia de su padre, para educar niñas pobres. Sus minas en Chihuahua y sus tierras en Nuevo México bastan y sobran para atender a un centenar de chiquillas, quienes, junto con su biblioteca, ocupan sus mejores esfuerzos. En la corte del virrey, primo de la monja, se sabe que es la mujer más rica de la Nueva España, muy por encima de la condesa de Miravalle y de la duquesa de Atrisco. Y por si fuese poco, es un secreto a voces que la

monja acaba de recibir la herencia de la condesa de Larrea, hermana del virrey y prima de sor Filotea. Desde hace tiempo, fray Dionisio intenta atraer a la monja a su causa. Le vendría muy bien su dinero, pero, sobre todo, su influencia. Ella es la llave para acceder al corazón del arzobispo de México, quien, en opinión del fraile, es un poco descreído, un hombre tibio que no acaba de advertir el peligro que acecha a la Iglesia en la Nueva España.

Pero, a pesar de sus riquezas, si no fuese por sus niñas y sus libros, hace tiempo que la monja hubiese enloquecido entre las paredes del convento, que, por momentos, se le vienen encima.

—Las mayores ya pueden escribir frases cortas en latín y las más pequeñas ya saben leer y escribir en castellano —contesta con palpable satisfacción sor Filotea.

—Pues sabrán más que mis escribanos. Mi gente a duras penas sabe escribir su nombre.

—Reverencia, al menos usted no tiene que lidiar con la arrogante ignorancia de la vicaria —se lamenta la monja mientras toma la taza torpemente por falta del pulgar derecho, que perdió cuando niña en un accidente en la cocina de su casa.

El fraile la reprende firme pero amablemente:

—No tire demasiado del cordón y sea usted más respetuosa con sus superiores. ¿Lo comprende?

—¡Ay, Reverencia! Sor Águeda es encantadora, mis problemas son con la madre vicaria. Sor María piensa que la ignorancia es fe y que la bobería es humildad.

—¿Y para qué quiere una mujer escribir en latín? Basta con que sepa rezar el *Pater Noster* y decir «amén» —le replica el fraile con la sinuosidad que lo caracteriza.

—A ningún ser humano le vienen mal un poco de letras. Mire, llévese el libro de demonología de san Héctor. Es la primera traducción latina del manuscrito griego, recién publicado en Padua...

—Quizá tenga usted razón, hermana, quizá tenga usted razón, y por eso quiero que estudie este libro—. El fraile le muestra, a su vez, otro volumen—. Sobra decir que no necesita pedirle permiso a su confesor para leerlo, con mi mandato basta.

Nadie en los dominios del rey de España puede leer libro alguno sin el permiso de la Corona y de la Inquisición. No es casualidad que las sociedades secretas conspiran contra tales prohibiciones y que el contrabando de libros esté a la orden del día.

Fray Dionisio y sor Filotea intercambian libros por una pequeña abertura de la reja que separa a las visitas de las monjas. No es la primera vez que el fraile acude a la monja. Le fascina su inteligencia, su erudición y su astucia y, por qué no decirlo, también su arrogancia, su fortuna y su linaje. Es, ni más ni menos, que la hermana del arzobispo de México y la prima del virrey, una mujer extraordinaria. Además, sor Filotea mantiene correspondencia con filósofos, teólogos y poetas del Perú, España y Portugal. Todo ello es tanto más sorprendente en cuanto debe escribir desde el encierro del convento. Son muchos los que acechan sus riquezas, pero ella sabe mantenerlos a raya. Las únicas defensas de una mujer en un mundo de varones, sea monja, doncella o casada, son el dinero, la inteligencia y el temple. Y ella posee los tres.

Aunque sor Filotea se siente frecuentemente asfixiada en el claustro, sigue pensando que no se equivocó al elegir la vida monacal. Fue lo mejor que podía hacer. Con todo, la vida del convento la entristece de vez en vez. El locutorio del convento de la Enseñanza es el único lugar donde las monjas, esposas místicas de Cristo, se pueden encontrar con los visitantes del mundo. Es la frontera entre lo divino y lo profano; entre lo sagrado y lo secular. Algunos conventos, como los de carmelitas descalzas y de capuchinas, son muy estrictos; rara vez admiten

visitas y sus moradoras viven en un aislamiento absoluto. En el convento de la Enseñanza, las reglas son más laxas y sus moradoras gozan de grandísimas libertades; en sus locutorios se intriga y se chismorrea, pero siempre con una verja de por medio.

Sor Filotea recibe con avidez el libro, lo coloca en una mesilla, lejos de su chocolate, y lo hojea con torpeza.

—¿Quién lo tradujo?

—Yo mismo. El latín del doctor Marinescu es muy sencillo. No me supuso un gran esfuerzo.

—¡Oh! Lo colocaré al lado de su tratado *Sobre venenos y antídotos en la Nueva España*.

—Un librito de juventud —dice con falsa modestia el fraile, quien es reconocido en la Facultad de Medicina de la Universidad por su conocimiento de herbolaria, fruto de su afán por combatir la hechicería, que frecuentemente se esconde entre las comadronas y yerberos.

—Pues hace unos días, su libro le salvó la vida a una niña que se envenenó por comer azaleas de nuestra huerta —le comenta la monja con agradecimiento.

—Sí, las flores no son venenosas, pero las hojas sí que lo son, sí que lo son...

A sor Filotea le hacen gracia las muletillas de fray Dionisio, especialmente la reduplicación de algunas frases:

—Lea este libro con atención, con atención... —le indica el fraile.

—¡Vampiros! —exclama la monja—. Algo he leído sobre ellos, pero me parece que son una quimera, una superstición.

Fray Dionisio de Fuensalida es un criollo alto, de pelo y ojos castaños. Su tez morena revela que su padre fue andaluz, aunque su madre fue navarra. Es fuerte como un toro y elegante como un caballero. Su hábito blanco y su capa negra siempre lucen impecables. Ordenado y meticoloso, es el brazo

derecho del inquisidor general de la Nueva España. En la práctica, él encabeza el Tribunal del Santo Oficio. Fray Melchor, el inquisidor, es un hombre anciano y débil que ha depositado toda su confianza en fray Dionisio.

—¿Se lo puedo prestar a la madre vicaria? Seguramente le va a gustar... ¿Me permitirá leer este libro? —La ironía de la monja es por demás evidente.

—Ande, hermana, tómese su chocolate, que se le va a enfriar.

—¿Con este calor?

—Y no vaya a manchar el libro con el chocolate —le previene enfáticamente el fraile.

—Vampiros... —suspira la monja.

—No se lo tome a la ligera, hermana, no se lo tome a la ligera. Con el vampirismo no se juega. Y tampoco juegue con mi libro. No quiero que lo manche —repite nerviosamente.

—Si no creo en la Tlahuelpuchi de Tlaxcala, ¿cómo voy a creer en los vampiros de Transilvania? —contesta la monja.

—La Tlahuelpuchi no es un vampiro, sino una hechicera —replica el secretario del inquisidor, quien, por su trabajo, es hombre versado en herbolaria y supersticiones.

—Pero la Tlahuelpuchi, Reverencia, también se alimenta de sangre, al menos así lo creen los indios. ¡Y se convierte en vapor!

—¿Qué piensa usted de la Tlahuelpuchi? —pregunta fray Dionisio—. El señor inquisidor recibe de vez en vez avisos sobre sus apariciones...

—Supersticiones de tiempos de gentilidad —afirma sor Filotea—. Al menos, la Tlahuelpuchi no le teme al sol, pero los vampiros... ¿Cómo podría sobrevivir un vampiro en nuestras tierras? Si en plena Navidad podemos disfrutar de un sol radiante. ¿Vampiros? Le tienen miedo a la plata, al sol, al ajo,

no pueden cruzar una corriente de agua. ¡Y no pueden entrar a una casa sin invitación del dueño! Si alguna vez existieron, lo que dudo, hace mucho que se hubiesen extinto. ¡Son tan frágiles esas criaturas!

—Vamos, vamos, por lo que veo, algo sabe usted de vampiros. En estas tierras, nadie sabe de ellos...

—El *Bestiario* de san Isidoro de Sevilla y el *Physiologus* de Claudio Eliano hablan de criaturas espectrales que se alimentan de sangre —fanfarronea sor Filotea—. Y en el libro xx de la *Historia natural*, Plinio el Viejo menciona de paso la existencia de bebedores de sangre en las riberas del río Danubio.

—¿Y cuestiona usted esas autoridades? —objeta el fraile.

Sor Filotea no quiere llevar las cosas demasiado lejos y se repliega:

—No, Reverencia, las autoridades de la antigüedad merecen todo mi respeto, pero en ocasiones los escritores de la antigüedad también se equivocan en algunos puntos. Por ejemplo, san Isidoro creía en la existencia de los unicornios y, según Eliano, el ave fénix vive en Arabia. ¡Y mejor ni hablar de Plinio el Viejo! ¡El hombre pensaba que la Tierra era plana!

—No hemos de menospreciar la tradición, no debemos cometer la arrogancia de despreciar a los sabios del pasado —arguye el fraile.

La monja duda si le conviene ahondar en la discusión, pero no resiste la tentación:

—De acuerdo con usted, Reverencia, pero los escritores antiguos no por antiguos son sabios. Ahí tiene usted a Epicuro, quien sostenía que la felicidad del hombre era el placer.

—Sin tradición no hay sabiduría. ¿Lo comprende? —replika fray Dionisio, mientras nerviosamente intenta secar con un pañuelo una pequeñísima gota de chocolate que manchó su hábito.

—Por supuesto, Reverencia, tiene usted toda la razón. Pero tampoco podemos creer en todo lo que afirman los libros. Los herejes, como Arrio y Sabelio, también escribieron libros, libros falsos y blasfemos.

—Vamos, vamos, hermana, es usted una pequeña sofista. Usted sabe a lo que me refiero. Lo que no debemos hacer es dudar de todo, como predicó el impío Descartes.

—Así es, Reverencia; no podemos dudar de todo, pero ¿me permite contarle algo divertido?

—Cuénteme.

—Una marquesa, cuyo nombre he de reservarme, me obsequió una pluma del ave fénix, que había comprado a un gran precio. ¿Se imagina usted?

Fray Dionisio sonrío, porque de inmediato adivina que se trata de la marquesa de la Guardiola, cuya candidez es la comidilla en la corte de México:

—Hermana, lea usted a Marinescu y conversaremos más tarde. Mientras tanto, yo leeré el libro de demonología. Y no meta en el mismo saco a los vampiros con el ave fénix...

—Estoy a sus órdenes. Pero dígame, ¿por qué le interesa la opinión de una pobre monja?

—Vamos, vamos, no me venga con falsas modestias. Dios ama la verdad, así que seré franco con usted —contesta fray Dionisio—. Quiero que usted persuada a su hermano de que los vampiros amenazan estas tierras.

—¿A mi hermano?

—A su *querido* hermano... —apunta el fraile, tocando con el dedo índice la reja que lo separa de la monja.

Sor Filotea objeta:

—Reverencia, permítame el atrevimiento, pero todos saben que usted es quien manda en la Inquisición y en la Cofradía de San Miguel. ¿No tiene usted armas suficientes para combatir a los vampiros, si es que existen?